

Mujer empoderada

Francisco Javier Monroy Sais

Image not found.

Capítulo 1

Mujer empoderada

A Elizabeth, quien como muchas mujeres adultas mayores tienen que vencer una cultura machista para poder realmente ser ellas mismas y vivir una vida plena y sin ataduras.

Tomar la decisión y llevarla a cabo es lo más difícil que he hecho en toda mi vida, cualquier persona podría pensar que es fácil, sin embargo, conlleva superar miedos palpitantes, prejuicios rondantes y profundos sentimientos destructivos tan arraigados que ya son parte de uno, como si tuvieras que desprenderte de una parte de ti mismo para poder llegar a hacer y sobretodo ser quien realmente deseas; la verdad no sé de donde encontré todo el coraje y valor para hacerlo, pero lo hice y no me arrepiento por nada del mundo.

Desde chiquita estuve acostumbrada a no esperar mucho de la vida, solamente acataba las reglas misteriosas de ella sin reclamarle nada, así ya no tenía que decepcionarme. Tomé esa decisión en 1950, cuando tenía cuatro años y sobreviví milagrosamente a un accidente de carretera, sin embargo, mis papás murieron ahí.

La verdad es que no recuerdo casi nada de ese momento ni de mis padres, a esa edad uno no sabe bien lo que pasa, sin embargo, hay dos cosas que se quedaron para toda mi vida; un miedo espeluznante a manejar y una nostalgia tremenda cada vez que pasa una mujer con olor a lavanda, porque me cuentan que, cuando sucedió el accidente mi madre me sostuvo tan fuerte para que no me pasaría nada que se quedó impregnado en mí su particular esencia a lavanda que tanto adoraba.

Después del accidente me fui a vivir con mi abuela Carmen. La verdad no fue una infancia ni buena ni mala, si pudiera calificarla diría que fue abrumadoramente aburrida. Los días parecían repetición unos de otros; ir a la escuela de monjas en la mañana, realizar deberes como cocinar, lavar y tareas escolares en la tarde y tejer por las noches. Así se pasó prácticamente más de una década de mi vida, sin que pasara nunca nada especial.

Parte de esa etapa de la vida tan aburrida se debía a mi personalidad tan introvertida que nunca me permitió tener amistades. La continua tristeza de haber perdido a mis padres aunado a un muy mal fundado sentimiento de inferioridad debido a sentirme "prietita" en un ambiente un poco racista en casa de mi abuela Carmen me hicieron una aislada social que se refugiaba entre hilos y ganchos para tejer.

Sin darme cuenta, mi infancia y juventud se esfumaron entre deberes caseros y todo tipo de tejidos. Aunque terminé mis estudios de preparatoria como secretaria, jamás me dediqué a eso, como se podrán imaginar, siempre estuve ligada a la costura. Al principio, solamente diseñaba para mí misma, pero poco a poco, los vecinos y personas conocidas me pedían todo tipo de arreglos en sus prendas y hasta que les diseñara una que otra blusa, falda o hasta vestidos.

Comencé a trabajar como costurera con la señora Domínguez a finales de la década de los años sesenta. Me encantaba mi trabajo, no solamente tenía que coser pantalones rotos o ajustar bastillas, también diseñaba hermosos vestidos. Pasaba horas y horas hojeando una y otra vez las revistas francesas de moda, admirando aquellos vestidos y recreándolos exactamente como se veían en aquellas páginas.

No sé si era por la edad o por mi pasión por el trabajo, o incluso las dos cosas lo que me hacían cada vez dejar atrás aquellos sentimientos de inseguridad y tristeza de mi infancia, pero, fuera lo que fuera, esa etapa me regresaba la confianza, volvía a creer en mí misma y lo que me podía traer la vida.

Jamás había estado enamorada de alguien, de hecho, ni siquiera había tenido ningún novio, creo que mi actitud atípica los ahuyentaba y aunque por decisión propia yo no esperaba nada de la vida, honestamente siempre quise tener una relación con un hombre.

Se me cumplió. Recuerdo que cuando lo conocí quedé congelada, no reaccionaba y no decía nada a lo que me preguntaba, recuerdo que fue un momento muy vergonzoso. Él entró un jueves a medio día a la tienda, tenía unos preciosos ojos cafés que cuando sonreía se le encogían, su cabello era castaño y a cada rato pasaba su mano derecha para acomodárselo y vestía un traje gris que le quedaba un poco grande, era demasiado apuesto. Se acercó al mostrador, me volteó a ver a los ojos y me pidió que le arreglara un pantalón; una sonrisa nerviosa junto a una conversación entre tartamudeos incómodos e incoherencias salieron de mí, era demasiado obvia; él solamente sonrió, dejó su pantalón, quedo en pasar por él después y se fue. Me sentí muy estúpida, repetía una y otra vez en mi cabeza la escena y todo lo que pude haber dicho, pero bueno, ya estaba hecho, al cabo que no creía que alguien así se fijaría en mí.

Regresó a la semana siguiente y como un cliente más, le entregué su pantalón y le cobré. Cuando me estaba regresando a la parte trasera del local, escuché de nuevo su voz, pensé que me iba a hacer alguna reclamación, pero en realidad preguntó mi nombre. Me paré en seco, me volteé y le contesté. Recuerdo todavía aquel momento que me pidió salir con él; estaba tan nerviosa y contenta a la vez, pero me controlé, le dije

que me buscará el viernes a las 6.

Comenzamos a salir y en menos de un mes ya éramos novios, yo estaba completamente loca por él. Siempre me visitaba dos veces por semana al trabajo, los sábados salíamos con sus amigos y los domingos por el centro de Coyoacán. Para mí era un sueño hecho realidad, lo idealizaba a tal punto que no me importaba si a veces tenía que cuidarlo en sus borracheras o si miraba indiscretamente a alguien más, al cabo que eso era común en la mayoría de los hombres que conocía.

Recuerdo aún la fecha, nos casamos el 21 de agosto de 1971. Llevaba un vestido que tarde alrededor de dos meses en confeccionar, era tan hermoso y perfecto que ni se notaban en él los cerca de cuatro meses de embarazo que tenía. No lo podía creer, me casaba con el amor de mi vida e iba pronto a formar una familia; la vida me sonreía.

Después de la boda nos fuimos a vivir a casa de su madre. Poco a poco nos fuimos adaptando a nuestra nueva vida. Mi esposo Víctor trabajaba todo el día como asesor financiero en un banco y yo ayudaba en todo lo que fuera necesario en la casa de mi suegra, además seguía trabajando desde la casa como costurera. No lo voy a negar, existían varias complicaciones, sin embargo, fue una etapa de gran ilusión en mi vida.

Pasaron los años rápidamente y me convertí en una madre de tiempo completo. No había nada más importante para mí que mis hijos Ximena, Daniela y Víctor. Aunque pareciera fácil, era una tarea agotadora. Apoyarlos en sus actividades escolares, inculcarles valores, atenderlos y ocuparme de todas sus necesidades absorbía todas mis energías, pero al final de los extenuantes días, siempre estaba agradecida.

Surgió una etapa muy dura en mi vida cuando enfermo gravemente mi suegra. Durante más de dos años, la atendí de tiempo completo. La cuidaba lo mejor posible y no solamente por obligación sino porque le tenía una gran admiración y la quería como una propia madre por todo lo que habíamos convivido durante tantos años en la misma casa.

Lo difícil de esa etapa no era tener que cuidar de ella y de mis tres hijos, lo que realmente me destrozaba por dentro era lo que sucedía alrededor de esa situación. Sus hijos la visitaban una vez a la semana y solo se quejaban de la atención que le daba y mi propio esposo no me defendía, solo se quedaba callado. Sentía un enorme enojo y coraje hacia ellos; veían a su madre medio día, se quejaban y se iban, y al final de cuentas no hacían nada por ella.

Mi suegra murió un jueves en la mañana, fue una auténtica guerrera de la vida durante esos dos años y no me cabe ninguna duda de que ese día descanso, se fue en paz y se liberó de todo su dolor. Pensaba que junto a ella se iba a ir también toda la aspereza que había con sus hijos, que por

fin íbamos a hacer las paces y ser capaces de llevarnos bien, era una ingenua, fue todo lo contrario.

Mis cuñados estaban más ocupados en sacarnos de la casa que velando por su madre. Decían que ahora que ya no estaba ella, esa casa les pertenecía y que no teníamos ningún derecho de estar ahí, que solamente nos correspondía la parte proporcional de mi esposo por ser su hijo, pero como habíamos vivido de arrimados tanto tiempo, ya no nos tocaba nada.

Ya estaba cansada, no quería pelear, al fin y al cabo era solo una casa. Mi esposo no lo aceptaba tan fácilmente, estaba encabronadísimo, sus propios hermanos lo querían sacar cuando él les decía que había sido el único en cuidarla, pero en realidad nadie se preocupó por ella, solo yo la cuidaba. Después de una pelea legal, se vendió la casa, yo estaba más alegre que amargada, por fin era libre de gente interesada.

Los siguientes años, aunque comenzamos casi de la nada, fueron de gran tranquilidad para mí. Nos mudamos a una casita mucho más chiquita, pero mis hijos eran felices ahí, no se quejaron, solo apoyaron, Víctor, mi esposo, consiguió un puesto en otro banco, lo ascendieron y yo, otra vez volvía a la costura.

Todo parecía ir muy bien pero pronto esa tranquilidad se desvanecía y cada vez más solo apariencias habían. Me enteré que mi esposo tenía una amante, disimulaba por fuera pero estaba destrozada por dentro. No decía nada, solo lo negaba mientras cada vez nuestra relación se distanciaba. Ocultaba mi tristeza por mis hijos, habíamos pasado por varios momentos difíciles que otro no me haría caer y menos cuando ya estaban a punto de irse a formar sus propias vidas como hombres de bien.

Confronté a mi esposo solo una vez, entre lágrimas le decía que no quería seguir así, aparentando que no me daba cuenta de nada mientras yo me desmoronaba. Él me ignoró, se rio, solo me menospreció, me dijo que ya no le atraía nada, que ya no valía nada y que si solo estaba ahí era por comodidad. Le dije que me iba a ir, pero él me repetía que sería mi culpa destruir a la familia. Tal vez me faltaba valor o me carcomía el miedo, pero no lo pude hacer,

Escondí mi tristeza durante varios años, entre la máquina de costura y la atención a mis hijos me mantenía lo más ocupada para no pensar en lo que hacía mi esposo. Pronto la casa se empezó a vaciar, mis hijos empezaron a armar sus vidas, estaba muy orgullosa de ellos. Ximena se graduó de diseñadora de modas, me imagino que crecer entre agujas y costuras influyo en su camino, se casó con su novio de toda la vida, un buen hombre que la quería mucho. Daniela se convirtió en maestra de primaria, adoraba a los niños y Víctor, que fue el último en irse, hasta llegó a hacer su doctorado, se convirtió en un gran economista. Me quedé

sola pero muy orgullosa, mis hijos lograron hacer sus vidas y yo me dedicaba de lleno a la costura, me convertí en maestra, me encantaba, todas las tardes la sala se convertía en el aula de diseño o bordado y cada vez tenía más alumnos interesados.

Había llegado el momento y aunque las canas ya me habían alcanzado, estaba decidida a vivir mis últimos años como yo quería, aunque a veces el miedo me invadía, para mí mi libertad y tranquilidad era lo que más quería. Lo volví a confrontar, me dijo que no me atrevería y que si lo hacía, sería yo la que saldría, que él jamás se movería de ahí y que hasta me lo impediría. Estaba aterrada, no tenía nada, sin embargo, con todo el valor que me quedaba me salí de la casa, unas cuantas maletas y mis máquinas.

Renté un pequeño departamentito, estaba asustada pero saber que era capaz de hacer las cosas me daba una sensación de tranquilidad. Él me busco y me pidió que regresara, que lo que hacía era destruir a los dos y a la familia, pero ya no había vuelta atrás para mí, había vencido mis miedos y desafiado el destino, ya no regresaría.

No fue nada fácil al principio, mis hijos les costaba trabajo aceptarlo y yo no sabía de qué iba a vivir, pero poco a poco las cosas se fueron acomodando y la vida me confirmaba que había hecho lo correcto. Con el tiempo, mis hijos me apoyaron y sin faltarme nada, siempre estaban al pendiente y hasta me chiqueaban, yo continúe haciendo lo mejor que sabía hacer, coser, y mi pequeño departamentito hasta en centro de clases se convirtió. No sé qué vaya a pasar en el futuro, pero estoy tranquila, seguir mis sentimientos y pensamientos se ha vuelto mi guía.